

El león y el ratón

Un día de sol brillante, en medio de un bosque lleno de árboles altos y hojas verdes, un majestuoso león paseaba después de un buen almuerzo. Estaba tan satisfecho que decidió echar una siesta a la sombra de un árbol grande.

El león se estiró, cerró los ojos y pronto se quedó dormido. ¡Hacía unos ronquidos tan fuertes que parecía que el suelo temblara! Pero, de repente, mientras dormía, un pequeño ratón que corría por el bosque se topó con él sin querer. El ratón, curioso y juguetón, no vio al león hasta que ya estaba subiendo sobre él, pensando que era una roca gigante.

¡El león, molesto, se despertó de golpe! Con un rugido que acalló el bosque, atrapó al ratón con su gran garra.
—¿Quién eres tú para interrumpir mi descanso? —preguntó el león con voz grave.

El ratón, temblando de miedo, respondió:
—¡Oh, gran rey de la selva, por favor, perdóname! No quería molestarte. ¡Fue un accidente! Si me sueltas, te prometo que un día te devolveré el favor.

El león, incrédulo, empezó a reírse.
—¿Tú? ¿Un ratón tan pequeño ayudándome a mí, el rey de los animales? ¡Eso es divertido! Pero ¿sabes qué? Estoy de buen humor hoy. Corre, marcha antes de que cambie de opinión.

El ratón corrió como un rayo, pero antes de marcharse gritó:
—¡Gracias, majestad! ¡Nunca olvidaré tu bondad!

Unos días más tarde, el león paseaba por el bosque cuando, de repente, unas enormes redes le atraparon. ¡Eran unas trampas puestas por los cazadores! El león intentó liberarse, pero cuanto más se movía, más fuerte se apretaban las cuerdas.

Desesperado, rugió con todas sus fuerzas:
—¡Ayuda! Alguien, por favor, ¡ayúdame!

El ratón, que pasaba por allí, escuchó el rugido y reconoció esa voz. Corrió tan rápido como le permitieron sus pequeñas patas hasta llegar donde estaba el león. Al verle atrapado, dijo:
—No te preocupes, amigo mío. ¡Yo te ayudaré!

—¿Tú? —respondió el león con voz baja y cansada—. Pero, ¿cómo?

Sin decir nada más, el ratón empezó a morder las cuerdas con sus pequeños dientes. Mordisco a mordisco, las cuerdas se fueron rompiendo, hasta que el león finalmente fue libre.

El león, impresionado y agradecido, miró al ratón y dijo:
—Nunca habría imaginado que alguien tan pequeño como tú podría salvarme. Gracias, pequeño amigo.

El ratón sonrió y contestó:
—Recuerda, gran rey, incluso los más pequeños pueden ser de ayuda. Hoy he podido devolverte el favor.

Desde ese día, el león y el ratón se convirtieron en grandes amigos. En el bosque, todo el mundo hablaba de cómo el rey de los animales había aprendido una lección muy importante: nunca subestimes a nadie, porque incluso los más pequeños pueden hacer cosas grandes.

Una lección para reflexionar con los niños

Ser amable y bondadoso con los demás es siempre una buena idea.

No importa si eres grande o pequeño; todo el mundo puede ayudar.

¡La amistad y la colaboración hacen el mundo mejor!

Ahora, pequeños lectores, ¿qué haríais si fuerais el león? ¿Y si fuerais el ratón?